

M.^a DOLORES ASQUERINO (1941-2007), *IN MEMORIAM*

El pasado 17 de julio, sobre las 23 h., dejaba de respirar M.^a Dolores Asquerino Fernández-Ridruejo, una de las grandes prehistoriadoras españolas de las últimas décadas del siglo XX y principios del XXI, que se ha marchado en plena madurez, personal y profesional, de una forma trágica y completamente inesperada.



El motivo de estas líneas no es hacer una semblanza de su carrera profesional, por cuanto ni siquiera tengo la posibilidad de acceder a su *Curriculum Vitae* completo (y esto me obligaría a dejarme fuera aspectos del mismo sin duda importantes), sino dejar constancia pública de mi admiración por ella, de mi afecto, mi agradecimiento, y también de su valía como docente e investigadora, porque ambas facetas las compaginó siempre con una solvencia y una capacidad de entrega de las que muy pocos pueden hacer gala.

Conocí a M.^a Dolores en 1979. Yo estudiaba por entonces cuarto de Geografía e Historia y tenía prácticamente decidido encaminar mis derroteros profesionales en el campo de la Historia Contemporánea. Fue entonces cuando me tocó cursar la asignatura de Prehistoria, de la que era responsable la profesora Asquerino, y a partir de ese momento mi vida, mis convicciones, mi idea de futuro, cambiaron por completo. De la noche a la mañana decidí pasarme de un extremo al otro y, abandonando la historia más reciente, iniciarme en el

mundo de la arqueología. La responsable: aquella mujer menuda y un tanto excéntrica, que supo transmitirme como nadie lo había hecho hasta ese momento la pasión por el pasado; la capacidad del historiador para recrear a partir de los restos materiales las vicisitudes de los que nos precedieron en el tiempo; el poder, extraño y casi sensual, que uno siente cuando se enfrenta a una

fuente arqueológica intacta desde el momento mismo en que se generó; el sentido de la responsabilidad y la satisfacción ante el trabajo bien hecho. Y no fui el único: un buen número de los arqueólogos que hoy día nos encontramos en activo y con puestos de responsabilidad en Córdoba y provincia empezamos con ella. También ellos supieron ver a través de los ojos de M.^a Dolores, se contagiaron de su pasión, aprendieron de su ejemplo.

Fueron tiempos extraordinarios. Por aquellos años, aunque ahora resulte difícil de creer, todavía compartíamos el mismo despacho de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba las Áreas de Prehistoria, Arqueología y Antropología. La primera la encabezaba M.^a Dolores, la segunda Alejandro Marcos, y la tercera Manuel de la Fuente Lombo, también desaparecido hace unos años de forma trágica; pero, a pesar de las lógicas aperturas, jamás hubo roce alguno, ni nadie miraba a nadie por encima del hombro. Lo pasábamos bien, y cada acto de aprendizaje por parte de los

que empezábamos era casi una liturgia, cuidada y mimada hasta el extremo por aquellos profesionales pioneros, a los que nuestra Universidad debe tanto. Más tarde se incorporarían los catedráticos Germán Delibes (Prehistoria), que apenas hizo otra cosa que tomar posesión y marchar a su Valladolid natal, Manuel Martín-Bueno y, después de él, Pilar León Alonso, ambos de Arqueología, que consolidaron la labor iniciada con nosotros por M.^a Dolores, al tiempo que se erigían en artífices de un crecimiento continuado del Área que prosigue aún hoy.

Antes de eso, M.^a Dolores Asquerino supo estar a nuestro lado casi como una madre, maestra dura y exigente como pocas, pero también eficiente, solvente, rigurosa, sabia. Cuando llegó la hora de mi Memoria de Licenciatura, que ella dirigió, y por la que acabaría obteniendo Premio Extraordinario, tuvo la suficiente perspicacia como para permitirme elegir un tema capaz por sí mismo (al enfrentarme a una auténtica miscelánea de problemas) de proporcionarme las enseñanzas que no había adquirido durante la carrera. Fueron casi tres años de investigación intensiva, que en su momento marcaron un cierto hito en la investigación arqueológica sobre esa comarca extremeña cuyo nombre llama tanto la atención: la Siberia. M.^a Dolores supo sacarme todo el partido y hacer de este trabajo una Tesina a la antigua (3 volúmenes, con un total de casi 1.000 páginas), suficiente para consolidar mi apuesta por la Arqueología como vocación y, más tarde, también como profesión.

Después vendría la Tesis, para la que me acompañó a hacer una valoración *in situ* del Cerro de la Cruz en Almedinilla (emocionante y memorable visita aquélla; ya se habían in-

corporado al Área Jesús Liz y José Luis Jiménez, amigos impagables, que tanta paciencia derrocharían conmigo), antes de decidir si su estado y la documentación disponible daban para una empresa tan ambiciosa. Tesis que, una vez incorporada al Área de Arqueología Pilar León, no tuvo inconveniente en ceder a esta última como directora, haciendo gala una vez más de su generosidad científica y su elegancia personal, que se contaban entre sus principales virtudes. Y hablo de virtudes porque M.^a Dolores las atesoró en grado sumo, aunque a la inmensa mayoría de quienes la trataron le pasaran desapercibidas.

Probablemente en lo que más se fijaban quienes se acercaban a ella era en sus defectos, que como todo ser humano también tenía y en algún momento incluso potenciaba. Sin embargo, doy fe pública, aquí y ahora, de que M.^a Dolores Asquerino fue una de las mujeres más cultas y sensibles, mejor conversadora, apasionada por su trabajo y capaz de transmitir esa pasión a quienes se lo proponía, docente consumada e investigadora de lujo, amiga en lo bueno y en lo malo, leal y responsable, fiel hasta la muerte misma, que yo he conocido hasta este momento. Sólo había que saber mirar un poco más allá, y aceptarla como era. Porque la vida no la trató bien, y ella quizá no supo –o simplemente no pudo– estar a la altura. Muchos dicen ahora con cierta ligereza que murió como siempre había vivido. Que no se equivoquen: en realidad, no fue capaz de vivir de otra manera. Era demasiado el dolor que acumulaba, y no encontró otra forma de conjurarlo que a solas, diseñando un microcosmos de uso estrictamente particular (sólo compartido por sus perras, cuya muerte lloró con un desconuelo que da justa idea del afecto que había depositado en ellas), en el que por lo menos

logró sentirse a salvo. En el fondo, fuimos los demás los que nunca supimos llegar a entenderla, los que nunca hicimos el esfuerzo por respetar su espacio y su frustración, los que nunca estuvimos ahí cuando de verdad nos necesitó; olvidando que no todos saben enfrentar los varapalos de la vida de la misma manera.

Ahora ya todo esto no sirve de nada; pero ¿cómo no recordarla enseñándonos a dibujar (con una paciencia y una efectividad poco comunes; ahí queda su *Manual de Dibujo Arqueológico* como buena muestra de su capacidad al respecto); a hacer flotaciones; a buscar, dejándonos los ojos, microfauna de cuya existencia ni siquiera sabíamos; a mirar con intensidad y rigor a todo aquello que la tierra guarda en su interior, como un archivo inagotable sobre el hombre y su paso por el mundo? M.^a Dolores fue la primera en constatar arqueológicamente el Paleolítico en tierras cordobesas (destacan en este sentido las prospecciones que dirigió en las terrazas del Guadalquivir, o sus excavaciones en el Pirulejo, Priego de Córdoba); pero, por encima de todo, ella fue la gran renovadora de los estudios sobre el Neolítico en Andalucía, que periodizó y sistematizó fundamentalmente a través de sus intervenciones en varios yacimientos de la Subbética cordobesa (siempre en término de Priego de Córdoba), particularmente en la Cueva de los Mármoles. Todos los estudios que hayan podido ver la luz después —y digo todos muy conscientemente de lo holístico del término— son deudores de las bases científicas establecidas por esa gran investigadora que fue M.^a Dolores Asquerino.

Nuestra Universidad, pues, ha sufrido una gran pérdida. Aun así, los más afectados somos quienes alguna vez tuvimos el pri-

vilegio de gozar de su amistad, de sus enseñanzas, de su magisterio. Se nos ha ido una amiga, una maestra, una gran persona; y lo ha hecho tan sorpresivamente que ni siquiera nos ha dado tiempo a decirle cuánto le debemos, cuánto le debe la arqueología cordobesa, cuánto la apreciábamos. Todavía hoy, cuando releo "*El final del Pleistoceno*" (rebautizado después con el título "*¿Por qué me comí a mi padre?*"), o cuando sigo utilizando en mis primeras clases aquel "*Enigma en el siglo XXI*" de David Macaulay que ella me pasó fotocopiado hace ya no sé cuántos años (de hecho, llegará el momento en que las páginas dejarán de leerse, de puro maltruchas y viejas), no puedo evitar evocarla, y en este caso lo hago siempre con una sonrisa en los labios. Son lecturas que me siguen divirtiendo veinte años después de haberlas enfrentado por primera vez; igual que el pozo sin fondo de los conocimientos de M.^a Dolores han seguido nutriéndome hasta la hora misma de su muerte, injusta y prematura.

Hasta su último aliento pensó más en los demás que en sí misma; y quizá justamente por eso dejó dicho que no quería homenaje póstumo alguno. Si me conocía como yo a ella (y supongo que así era), debía saber que ese tipo de disposiciones conmigo no valían. Siempre fui su alumno más constante y disciplinado, pero también el que más cuestionaba cada nueva cosa con la que me enfrentaba, y ahora no iba a ser menos. Entre los dos había suficiente complicidad como para saber cuándo decía que no queriendo decir que sí, y cuándo soltaba un gruñido cuando en realidad estaba mendigando una caricia. Por eso, bajo ningún concepto estoy dispuesto a que la muerte imprevista de M.^a Dolores Asquerino la prive del reconocimiento unánime que merecía. Como ser humano y

como Prehistoriadora, porque como ambos fue grande. Y de ahí estas palabras, que no pretenden otra cosa que dejar testimonio de su paso por la vida, de mi amistad, pero también de mi profunda admiración y de mi eterno agradecimiento.

Últimamente, en cada nuevo número de *Anales de Arqueología Cordobesa* me toca escribir la necrológica de uno o varios amigos. Es el precio de la vida, que a partir de ahora sospecho, y me temo, empezará a cobrar sus devengos con más frecuencia y rapidez de como lo ha venido haciendo. Nos queda, pues, terminar el camino compaginando el privilegio inigualable de nuestro trabajo con la pérdida y la pesadumbre por la desaparición de tantos como nos van dejando a mitad de trayecto. En este caso, una profesional como pocas, nunca suficientemente reconocida, que eligió abortar sus posibilidades en este sentido tras la coraza protectora que un día se vio obligada a tejer con su propio dolor y su desencanto sin límites. Quizá, en aquellos momentos, debería haber tenido más presentes reflexiones como las de Séneca, cuando medita sobre la existencia, y haberle plantado cara, con la fuerza y el coraje que derrochaba en otros aspectos de la misma.

“La condición de la vida es la misma que la de los baños, la masa, los caminos: unas cosas te las lanzarán a sabiendas, otras vendrán por casualidad. El vivir no es cuestión de remilgos. Has emprendido un largo camino y fácilmente resbalarás, y tropezarás, y caerás, y te cansarás, y gritarás ‘¡oh, muerte!’ , y mentirás. En un lugar dejarás un compañero, en otro le darás sepultura, en otro tendrás miedo. A través de tropiezos como éstos

hay que recorrer este camino escabroso”
(Lucio Anneo Séneca, *Epístolas*, 107, 2;
Traducción Miguel Rodríguez-Pantoja).

Quizá M.^a Dolores no supo ver siempre lo que de bueno nos ofrece el vivir cotidiano, ni buscar en los demás el apoyo que estábamos más que dispuestos a darle; aunque es muy fácil disparar con pólvora ajena, hablar cuando no se está en el pellejo del otro. Por eso, es necesario decir en su honor, bien alto y en forma contundente, que a pesar de su aparente orfandad supo en todo momento mantenerse fiel a sí misma: independiente, pero accesible; comprometida, aunque reservada; crítica, aunque prudente; ¿huraña?, aunque considerada; fuerte en apariencia, aun cuando delicada hasta extremos insospechados; agnóstica, sin extremismos ni imposiciones; amiga y buena compañera, sin agobios ni presiones; culta, ética, comedida; leal y generosa; entrañable y frágil en su soledad impuesta; sin dobleces ni artificios que hubieran podido dulcificar su apariencia o su dureza de carácter ante quienes la criticaban, o incluso la rechazaban.

Hoy, sólo nos queda llorarla. Baste, como justificación de su paso por el mundo, la profunda huella personal y académica que ha dejado en nosotros (porque aun cuando hablo en singular sé que lo hago también por boca de otros que suscriben palabra por palabra mis argumentos; también mi homenaje) y todo lo que aprendimos de ella. Muchos matarían por que, algún día, se pudiera decir al menos algo así en su memoria.

Descansa, por fin, en paz, M.^a Dolores, estés donde estés.

DESIDERIO VAQUERIZO GIL
CÓRDOBA, 24 DE JULIO DE 2007